

El mercado de la globalización y las vacas locas

En 1988 se demostró sin ninguna duda, que la epidemia que afectaba a las vacas de Gran Bretaña fue debida al consumo por parte del ganado de harinas de huesos y carne de animales contaminados por el agente scrapie.

Según datos oficiales, más de 130.000 vacas han muerto en el Reino Unido a causa de la encefalopatía espongiforme bovina (BSE). El agente BSE ha sido encontrado en dos productos habitualmente consumidos por el hombre: el músculo esquelético y la leche de vaca.



Este es el inicio de una historia que amenaza con hacer realidad la afirmación del escritor Jean Beaudrillard, cuando decía que el siglo XXI sería viral.

En las postrimerías del año 2000 han muerto en Gran Bretaña 74 personas a causa de la variante humana de la enfermedad de las vacas locas, variante denominada CJD (Creutzfeldt-Jacob Disease). Cuatro millones de reses infectadas han tenido que ser sacrificadas en el

Reino Unido y la enfermedad se ha extendido oficialmente. A Francia, Bélgica, Holanda, Irlanda, Dinamarca, Alemania, Portugal, Italia, Rusia, SurÁfrica y España.

Pero esta historia que probablemente tendrá un horroroso final para millones de personas en todo el mundo, empezó un poco antes, ó al menos tuvimos un aviso de lo que podía ocurrir.

Solo la locura de unos gobernantes adoradores de la Ley del Máximo Beneficio Económico, aunque sea a costa de la salud de las personas, pudo hacer caso omiso al aviso que nos gritaba ¡Precaución! El aviso llegó en 1957. C. Gajdusek al cual le concederían el Premio Nobel de Medicina en 1976 y V. Zigas, describieron por primera vez el KURU, enfermedad transmitida de forma epidémica a través de la práctica del canibalismo entre seres humanos. Gajdusek hizo este descubrimiento al estudiar el canibalismo practicado por la tribu de los Fore de Nueva Guinea y confirmó a nivel humano lo que J. Cuillé y P.L. Chelle habían descubierto en 1938 en el ganado lanar: que las encefalopatías espongiformes subagudas son transmisibles.

Los avisos continuaron y el mismo Gajdusek en 1966 logró transmitir el KURU al chimpancé. En 1968 transmitió la variante humana de la enfermedad de las vacas locas, (CJD) también a chimpancés. Posteriormente en 1978 Laura Manuelidis transmitió la CJD a roedores. La barrera genética entre las especies había sido superada. El último aviso llegó en 1988 con la demostración del origen alimenticio de la epidemia de encefalopatía espongiforme bovina. El scrapie de las ovejas había sido transmitido a las vacas y de estas a los cerdos, a los gatos, a diversas especies de felinos, y

finalmente al hombre. Hoy sabemos con certeza que el canibalismo prohibido entre seres humanos e impuesto a pesar de los avisos de los científicos a las demás especies, es la vía más importante de la transmisión de una enfermedad terrible y mortal que amenaza a toda la humanidad y a todas las especies.

Solo las mentes criminales y enloquecidas de unos gobernantes esclavos de las Leyes del Mercado pueden provocar tal catástrofe. En 1988 establecida ya la principal causa de contagio de la enfermedad, se prohibió en Gran Bretaña el consumo de piensos de origen animal (residuos cárnicos y óseos fundamentalmente de vaca y oveja) para los rumiantes.

Hoy sabemos que desde 1988 hasta 1994, fecha en la que la Unión Europea prohibió la importación de harinas animales, Gran Bretaña exportó a Europa, Estados Unidos, Asia y Africa, cientos de miles de toneladas de estos piensos y de carne de vacuno retirada de su mercado interior. Hoy sabemos como han propagado la enfermedad. Sabemos el como, el cuando y también sabemos el porqué.

El porque es simple y llanamente que el costo de destruir todas las harinas y la carne contaminada es demasiado elevado. Este argumento rechazable para cualquier ser humano con un mínimo de dignidad, es en cambio irrefutable para aquellos que han hecho del Mercado la única ley que rige la salud y la vida de los seres humanos. John Gummer, ministro de Agricultura de Gran Bretaña entre 1989 y 1993 montó el espectáculo de ofrecer en publico a su pequeña hija Cordelia, una hamburguesa para demostrar la confianza del gobierno en la carne local. Hacia dos años que su departamento había ordenado el sacrificio de todas las reses mayores de 30 meses. Para entonces un millón de cabezas infectadas había sido ya consumido.

También en España se nos ofrecen espectáculos similares. El ministro de Agricultura Sr. Cañete aparece en la tele degustando la carne de vaca para tranquilizar a la población. El Conseller de Sanidad de la Generalitat de Catalunya afirma que los catalanes pueden estar tranquilos. Y todo esto sucede cuando en toda Europa los gobiernos cierran las fronteras a las importaciones de carne y piensos animales. Sucede cuando las carnes puestas a la venta no han pasado ningún análisis fiable que pueda asegurar que no esté infectada. Y no estamos hablando de una tontería, estamos hablando del peligro de contraer una enfermedad cuya sola descripción atemoriza:

La enfermedad de Creutzfeld-Jacob es una rara y fatal patología del cerebro que puede afectar a cualquier persona, pero de la que hay una variante vinculada al mal de las vacas locas, por la cual se puede transmitir al ser humano por la ingestión de carne contaminada. Se conoce el causante de la misma que es el príón, una proteína, pero no como se comporta en el cuerpo humano, razón por la que no existe aún ningún tratamiento.

La enfermedad es degenerativa y mortal, y en la nueva variante asociada a la versión animal de las vacas locas puede pasar no más de un año desde que aparecen los primeros síntomas hasta que se produce la muerte. Los primeros síntomas están relacionados con problemas de insomnio, depresión, confusión, cambios de conducta, extrañas sensaciones físicas y problemas de memoria, de coordinación y en la vista. Según avanza la

enfermedad, el paciente experimenta una rápida y progresiva demencia, y en muchos de los casos, espasmos irregulares. Sufre problemas en el habla, debilidad muscular y empeoramiento de la coordinación. El paciente se muestra sobresaltado y rígido. En el estado final de la enfermedad, el paciente pierde todas sus funciones mentales y físicas, entra en coma y normalmente fallece de una infección, como pueda ser la neumonía, precipitada por su estado de inconsciencia. El ciudadano debe preguntarse cual es la razón por la que Ministros y Consejeros de Autonomías, personas que tienen la obligación y el deber de velar por la salud de todos, personas que tienen toda la información de los científicos sobre las mesas de sus despachos, actúan de forma tan insensata y peligrosa.

Todos ellos conocen el informe encargado por el primer ministro británico a un comité de expertos independientes, científicos y juristas. En dicho informe que consta de 16 volúmenes y ha costado la friolera de 7.425 millones de pesetas, se afirma entre otras cosas:

o "...los gobernantes hicieron caso omiso de sus obligaciones para con la ciudadanía y no adoptaron las necesarias medidas de cautela..." -"...se empeñaron en asegurar durante más de una década que la carne de res británica era apta para el consumo en lugar de proteger a la población..."

o "...El público fue traicionado porque no se le consideró capaz de asumir los riesgos de la situación como adultos..."

o "...los titulares del departamento de agricultura fueron presionados por su propio partido y por los ganaderos para que mantuvieran la confianza del consumidor a base de promover la carne autóctona..."

o "...el departamento de Sanidad no supo imponer las necesarias normas de higiene para evitar que la carne infectada entrara en la cadena alimentaria..."

Todo un rosario de reproches, críticas y acusaciones, que van desgranándose a lo largo de las páginas de los 16 volúmenes de que consta el informe encargado por el gobierno laborista. Casi un centenar de muertos en Gran Bretaña y un número incalculable de personas infectadas que desarrollarán la terrible enfermedad durante las próximas décadas, son el resultado de una política que mide sus éxitos por los beneficios que obtienen un puñado de grandes empresas. La salud y con ella la vida de las personas, es lo primero que cualquier gobernante con un mínimo de decencia está obligado a proteger. Está obligado por su condición de persona y por el juramento constitucional que presta al acceder a las responsabilidades de gobierno. No hace tanto tiempo la negligencia y la irresponsabilidad de unos gobernantes en nuestro país, fueron la causa de que más de un centenar de personas perdieran la vida por consumir aceite de colza envenenado. Otras muchas padecen todavía hoy las secuelas de tales "negligencias".

Entonces un ministro tuvo la desfachatez de hablar de un "bichito". Parece que para algunos las experiencias y los dramas humanos no sirven de nada.

Cuando toda Europa se sacude alarmada por la amenaza de las vacas locas, en España, el ministro de agricultura Arias Cañete sale a la palestra haciendo degustaciones de carne de vaca, y no satisfecho con ello se va a Bruselas y monta el show en la Comisión de los quince cuando David Byrne comisario de Protección del Consumidor, les pregunta a todos si están satisfechos de sus propios controles. Cañete califica a dicha pregunta como "de impropia de un comisario". Arias Cañete sabe, por que el es el responsable, que el Centro Nacional de Referencia para la detección del mal de las vacas locas situado en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, solo cuenta con cuatro técnicos, dos becarios, una secretaria y una habitación de 20 metros cuadrados. La subvención del ministerio de agricultura para dicho centro es de 8 millones de pesetas. Su director, Sr. Badiola reconoce públicamente que sus medios son escasos y añade que *"solo en reactivos se gastan al año 3 millones de pesetas"*.

Estos tramposos, profesionales del engaño y de la mentira no tienen reparos en prometer ante la opinión pública medios inmensos para combatir la enfermedad de las vacas locas. Prometen ayudas a los ganaderos, a los fabricantes de piensos, a los mataderos, a las incineradoras, a los veterinarios y a todos aquellos que de uno u otro modo están relacionados con el problema. Pero con la misma presteza que proclaman a los cuatro vientos sus promesas, las olvidan en un abrir y cerrar de ojos.

Los largos años de pleitos interminables en los tribunales por parte de los afectados por el envenenamiento del aceite de colza, son más que una prueba incontestable de mis afirmaciones.

En el informe Philips del gobierno británico sobre la epidemia de las vacas locas, se cita claramente que el retraso en indemnizar de forma justa a los ganaderos británicos, fue la causa principal de que un millón y medio de cabezas infectadas por la enfermedad pasaran a la cadena alimentaria humana.

Cuando en una explotación ganadera se da un caso de la enfermedad, las autoridades obligan al sacrificio de todas las demás reses. Si no se arbitran medidas urgentes para indemnizar al ganadero con prontitud y con justicia, ¿cómo pedir al mismo que colabore si con ello solo consigue su ruina?

¿Cómo no se están construyendo centros de destrucción de los animales infectados, con las debidas seguridades para el medio ambiente y se permiten los vertederos incontrolados como el de Galicia, con los peligros que supone para la salud pública y la contaminación de las aguas subterráneas?

¿Cómo es posible que ante la prohibición de alimentar a los rumiantes con piensos que contienen harinas cárnicas y óseas, se prime con fondos



públicos a los productores de estas harinas para que continúen fabricándolas y después se pague también con fondos públicos para su almacenamiento y posterior destrucción?

La ceremonia de la confusión de la que son maestros los políticos de turno, es un juego demasiado peligroso para que asistamos a ella enmudecidos. El tratamiento informativo que se da en los medios de comunicación escritos y audio visuales, salvo raras excepciones como la del periódico "El País", es lamentable. Tertulias radiofónicas y televisivas orquestadas por ignorantes a sueldo, que ni tan siquiera se toman la molestia de leer los informes de los científicos, pero que 'pontifican y bromean sobre la cuestión. Centenares de cadáveres de reses que aparecen amontonados en canteras abandonadas y que son descubiertos cuando la peste hace irrespirable el aire. Ni análisis, ni causas de defunción, ni nada. Incumplimiento de todas las leyes habidas y por haber y ancha es Castilla.

El 11 de Diciembre pasado se publicó un artículo en International Herald Tribune, reproducido en el periódico el País, en el cual se escribe lo siguiente:

...El peligro para la humanidad, dicen los científicos, es que el nivel general de posible infección va a ir aumentando, por lo que será más fácil que aparezca la enfermedad en generaciones futuras. Una muestra de esta amenaza es la velocidad a la que la encefalopatía espongiforme bovina se ha propagado entre el ganado británico en solo unos años. Se han dado ya más de 180.000 casos, y sin duda, hay otros muchos no descubiertos entre los 4,8 millones de vacas sacrificadas y destruidas desde 1996, en un intento de controlar la enfermedad. Un artículo publicado en la revista científica Nature, calcula que 975.000 vacas infectadas han llegado a la cadena de suministro alimentario. He aquí un resumen escalofriante, basado en dos docenas de entrevistas con expertos y la lectura de decenas de documentos científicos, incluido el reciente informe oficial británico sobre la EEB (encefalopatía espongiforme bovina), que muestra porque están tan preocupados los científicos por la epidemia y otras enfermedades espongiformes asociadas, capaces de afectar a la mayoría de las especies de mamíferos y aves.

El agente patógeno, que elimina la memoria, la personalidad y las funciones físicas es extraordinariamente tenaz. Resiste el calor, el alcohol, el hervido, la luz ultravioleta y la radiación ionizante. Los instrumentos quirúrgicos que entran en contacto con el pueden seguir contaminados tras los procedimientos de esterilización habituales, y los investigadores se colocan protección corporal cuando van a manipularlo. El agente patógeno puede sobrevivir durante años enterrado en el suelo, una cosa preocupante, porque los despojos de ganado, muchas veces, acaban en los vertederos. En los años cincuenta, Islandia sacrificó todas sus ovejas para eliminar una enfermedad llamada scrapie o tembladera del carnero. Cuando importó animales sanos, el mal no tardó en reaparecer. Algunos científicos creen que el scrapie puede encubrir grados leves de Eeb en las ovejas.

Aunque tardan mucho en manifestarse, tal vez varias décadas en los humanos, las enfermedades espongiformes son muy contagiosas, Según los

científicos británicos, una vaca puede contraer Eeb por ingerir un gramo de material infectado (un trozo equivalente a un grano de pimienta) de otra vaca. El resto mas diminuto de la sustancia en la carne y la harina de huesos puede infectar a una vaca.

El Comité Científico Permanente de la Unión Europea dice que la "dosis mínima infecciosa que se considera valida para los animales es la que debe aplicarse también a los seres humanos". Nadie sabe cual es la dosis mínima, pero los científicos británicos han descubierto que un trozo de alambre que haya estado en contacto con el agente patógeno durante cinco minutos, se vuelve tan infeccioso como una solución preparada a partir de sesos infectados.

Si la situación en la que nos encontramos es tan grave como la definen científicos de todo el mundo, ¿por qué los políticos hacen caso omiso a sus advertencias y ponen en peligro nuestra salud y la propia vida? Como miembros de la sociedad occidental, de la sociedad del desarrollo, de la técnica y de la ciencia, hemos contemplado con demasiada frecuencia el drama padecido por los seres humanos de otras sociedades. Hemos contemplado los rostros de otros seres humanos marcados por el hambre, la enfermedad y la muerte.

Conocemos las espeluznantes estadísticas que nos hablan de la muerte a causa de la malaria, el Sida, el cólera, el Ebola, la desnutrición y otras plagas, azote de millones de seres humanos a los cuales solo les llega la ayuda de un puñado de gentes que sacrifican su bienestar personal, su comodidad y su prosperidad económica para aliviar su tragedia. Y a pesar de que no hay día sin que en los medios de información salgan publicadas estas tragedias, continuamos viviendo cerrando los ojos ante una realidad que en cualquier momento puede convertirse en nuestra propia realidad.

Durante los próximos 20 o 30 años vamos a sufrir las consecuencias de la enfermedad de las vacas locas. Esto es lo que afirman los investigadores de esta enfermedad. Durante los próximos 4500 años las personas que vivían en los alrededores de Chernobil verán nacer a muchos de sus hijos con malformaciones, leucemia y cánceres linfáticos. También los serbios, los bosnios, los kosovares y los albaneses sufren ya y sufrirán por miles de años, los efectos cancerígenos de las bombas de plutonio (mal llamadas de uranio empobrecido) lanzadas sobre sus territorios por la OTAN, al mando de una mente tan brillante como la de Javier Solana, destacado dirigente del Partido Socialista Obrero Español. La enfermedad de las vacas locas vuelve a poner sobre el tapete donde se juega nuestro destino, la pregunta clave:

¿Puede un sistema basado en las leyes del mercado garantizar la salud y la prosperidad de todos los ciudadanos?

Cuando empezaron a utilizarse los despojos de los mataderos, incluso los cadáveres de animales fallecidos a causa de diversas enfermedades como fuente de obtención de grasas y proteínas para la fabricación de piensos compuestos, las razones fueron de tipo económico. La salud quedó en un segundo plano a pesar de que ya se conocían algunos de los riesgos. También se conocían los riesgos de la utilización de las hormonas para incrementar la masa muscular del ganado y el rendimiento de la producción lechera. Pero las

razones económicas pesaron más que los riesgos sanitarios. Aun hoy continúan utilizándose tales productos después de haberse comprobado que han sido la causa de muchas enfermedades y de muerte para muchas personas.

También continúa utilizándose el clembuterol mezclado con el pienso a pesar de su alto efecto cancerígeno. Es evidente para algunos que los beneficios económicos justifican unas cuantas muertes. La mayoría de los veterinarios hace ya mucho tiempo que dejaron de ejercer su profesión como tales para convertirse en representantes comerciales de las empresas de piensos y de los grandes laboratorios farmacéuticos. Los enormes intereses económicos de estas empresas les despojaron de su independencia, imprescindible a la hora de ejercer su profesión al servicio de la salud de los animales y con ella, de la de las personas.

También los ganaderos hace ya mucho tiempo que fueron lanzados a la vorágine de un mercado donde los precios de las proteínas, la fibra, los oligoelementos, las grasas y otros elementos son los que dictan lo que debe comer el ganado. Los ciclos naturales de los cultivos para la cría y el engorde del ganado fueron abandonados y sustituidos por las oscilaciones de los precios en las lonjas del Brasil, de Estados Unidos o de quien sabe que otro país.

Fueron razones económicas y además criminales, las que llevaron al gobierno de Gran Bretaña a tomar la decisión de exportar las harinas de carne prohibidas a otros países. Pero un sistema basado en el Mercado ni juzgará ni



condenará a los responsables de propagar tan terrible epidemia. Dentro del todopoderoso mercado nada es ajeno al beneficio. La enfermedad tampoco.

La variante humana de la enfermedad de las vacas locas pone de manifiesto hasta que punto los intereses más básicos de los ciudadanos, como es nuestra salud, se enfrentan con los de una minoría detentadora del poder político y económico.

Ante un problema de tal magnitud se silencia desde el poder a los científicos que con su trabajo intentan buscar los medios para atajar la enfermedad. No hace falta ir muy lejos para demostrar esta afirmación. En Cataluña, se emite un spot publicitario que afirma que si compra carne de ternera en su territorio "no pasa nada de malo". Lo que no dicen en el spot publicitario es que en Cataluña a fecha de hoy, 19-1-2001, todavía no se ha realizado ni un solo test de análisis a ninguna res sacrificada en sus mataderos. Yo no se los millones que se han gastado en este anuncio criminal, supongo que muchos. Pero si se que el Dr. Prusiner, Premio Nobel de Medicina y descubridor de los priones agentes causantes de la enfermedad, no tendría inconveniente en explicar en TV3 lo que se conoce con certeza y lo que

se desconoce acerca de la misma. Y también sé que el coste de conocer la verdad no sería ni una centésima parte del anuncio incalificable.

La verdad sobre la enfermedad dicen que crearía la alarma social. Arruinaría todo el sector ganadero, llevaría a la quiebra a las industrias de los piensos, a los negociantes de vacuno, a los mataderos. Pero para los ciudadanos la verdad es lo único que nos sirve. Por razones económicas, es decir, para continuar obteniendo el beneficio no se duda en continuar produciendo las harinas cárnicas cuyo consumo está prohibido. Estas industrias tienen a sus accionistas más importantes en las nóminas de los departamentos de agricultura y sanidad vulnerando las más elementales normas de decencia pública. La corrupción destapada en las subvenciones europeas a la producción del lino, la destitución del consejero de la Xunta gallega, el cese del director general del ministerio de Agricultura, las acusaciones contra el exconseller de agricultura de la Generalitat de Catalunya, etc., no son simples anécdotas de comportamientos personales deshonestos. Son muestras de un sistema cuyos fundamentos están basados en el enriquecimiento personal a costa del bienestar y de la salud de los ciudadanos.

Lo que crea la alarma social no es la verdad. Cuando en Francia se organizan en secreto en plena noche caravanas de camiones que vacían las granjas, con las carreteras tomadas por los gendarmes para impedir que los medios de comunicación puedan informar de ello, entonces aparece la alarma.

La alarma aparece cuando los responsables políticos afirman que no pasa nada y un día prohíben el consumo de los sesos de ternera, otro día el espinazo, y otro el chuletón.

La alarma aparece cuando Cañete organiza degustaciones públicas de carne de ternera y en la tele vemos las imágenes horrorosas de las víctimas de la enfermedad.

La verdad y la transparencia es imprescindible para afrontar esta situación. Es lo único que puede unirnos para luchar contra esta enfermedad.

Mientras el beneficio de las grandes empresas, de los grupos de presión, de las mafias del poder y de la droga continúe siendo la única verdad oficial que rige en la sociedad del mercado global, nuestra salud y nuestro bienestar se encontrarán siempre en peligro.

Por último tengo que referirme a un tema que reviste especial gravedad y que por sí solo, demuestra hasta que punto determinadas Instituciones de nuestro ordenamiento jurídico político y social no han cumplido con sus deberes:

Desde que se demostró que los piensos elaborados con harinas cárnicas procedentes de despojos animales son la causa principal de la propagación de la enfermedad, no han puesto los medios necesarios para evitar que los ganaderos siguieran utilizándolos. A pesar de las denuncias efectuadas por la Guardia Civil y de las actas levantadas en sus inspecciones se ha permitido que los fabricantes de piensos continuaran comercializando las harinas cárnicas prohibidas para los rumiantes, cuando sus stocks deberían haber sido inmovilizados.

Ante una responsabilidad evidente, consciente o inconscientemente, de los fabricantes de piensos, de la Inspección del Estado, del gobierno Británico; el Fiscal General del Estado ha permanecido sordo, mudo y ciego. Tal vez estaba demasiado ocupado en impedir la extradición del criminal Pinochet ante los requerimientos del juez Garzón.

Todo el peso de la crisis se ha descargado en las espaldas de los ganaderos que ven como la ruina amenaza el trabajo de varias generaciones. En las facturas que pagaron se especificaba el concepto "pienso para vacas" pero les dieron pienso para infectar vacas.

Toda la cobardía que impide al gobierno exigir responsabilidades a los autores de la propagación de la enfermedad de las vacas locas, se vuelve prepotencia a la hora de ordenar el sacrificio de los animales de las explotaciones familiares.

Cuando las víctimas son presentadas ante la sociedad como delincuentes, mucho me temo que estamos en puertas de una rebelión.

Oriol, Febrero 2001